

Bien puede el Sr. Collantes, ministro de negocios extranjeros, deplorar una discusion, cuyo sólo fin, segun dijo, parece ser el de hacer ménos amistosas las relaciones de España con las otras potencias. Lo que parece retardado, son las reclamaciones españolas.

Nosotros tambien tenemos que sufrir este mal; y aunque nuestras reclamaciones se fundan no en malas deudas, sino en agravios personales sufridos por súbditos británicos en el territorio mexicano, hasta ahora no tenemos ni una intervencion, ni un tratado que las satisfaga.

En España, la causa que iba á defenderse, parece olvidada entre las recriminaciones lanzadas sobre las partes que intervinieron en la difunta triple convencion.

Esto no es nuevo en la historia del mundo; pero ciertamente es un fin muy degraado para el proyecto que hace más de un año que la Francia y la España presentaron al gobierno inglés, instándole á tomar parte en la empresa.

ITALIA.

Largos y sumamente acerbos han sido los debates empeñados en la Cámara popular de Turin, y sostenidos con una virulencia cada dia mayor por los numerosos adversarios del gabinete Ratazzi. Esta ruidosa contienda ha durado once dias, y todavía se habria prolongado si el gobierno, convencido ya de que el voto de la Cámara le seria adverso no hubiera juzgado más prudente evitar ese descalabro, anticipándose á dar su dimision.

El Sr. Buoncompagni comenzó el ataque con estas rudas interpelaciones:

«Es opinion general del país, que el actual ministerio fué formado bajo la garantía, digámoslo así, del general Garibaldi. No trato de averiguar qué pasó entre ellos; pero es lo cierto que esta circunstancia comunicó más ardor á los impacientes; y cuando se vió que el general Garibaldi habia en Sicilia preparativos para una nueva expedición, la impresion general fué que entre él y el ministerio habia secreto acuerdo. No será verdad; pero, ¿qué medios ha empleado el ministerio para desvanecer tal impresion y desengañar á la juventud? Esta es mi primera interpelacion.

El combate de Aspromonte fué un infortunio nacional, pero quizá inevitable en el punto á que se habian dejado llegar las cosas. El ministerio recurrió á un acto de represion para salvar el país, pero en seguida debió convocar el Parlamento. ¿Por

qué no lo hizo? Esta es mi segunda interpelacion.

Por aquel tiempo tomó, además, otras graves disposiciones. Se procedió al arresto de algunos diputados, y su obligacion era haber dado inmediatamente cuenta á la Cámara.

Se promulgó el estado de sitio en las provincias meridionales, y éste duró mucho tiempo despues del combate de Aspromonte, es decir, despues que todo peligro de nuevas tentativas por parte del general Garibaldi habia cesado.

Tal vez podia justificarse el estado de sitio ántes del combate de Aspromonte; pero, ¿y despues? ¿Por qué hacerle pesar sobre poblaciones que, con su prudente conducta, habia demostrado estar con el gobierno y no querer seguir á Garibaldi? Concedo que el gobierno, para restablecer el sosiego y la seguridad en aquella parte del Estado necesitase algunas facultades extraordinarias. ¿Y por qué no las ha pedido al Congreso, único que podia conferirselas? Esta es mi tercera interpelacion.

Viendo ahora á la administracion interior, yo, aunque adversario del gabinete, quisiera poder decir que el país está bien administrado; pero son harto general las quejas contra la administracion interior, y lo que más me duele es que, entre las inculpaciones hay una que se reasume en una palabra referente á divisiones municipales.

El ministerio no tiene autoridad moral en el Parlamento. No quiero una mayoría á imagen del ministerio, sino un ministerio á imagen de la mayoría. El actual gabinete se engaña, si cree poder ejercer una dictadura moral como la del conde de Cavour. Todas sus fuerzas debe buscarlas en el Parlamento.

La política exterior no puede ser buena siendo la interior mala. Nuestra pésima organizacion interior nos perjudica ante la Europa.

Además, el ministerio ha cometido la falta grave de haber dejado creer que Italia no tiene iniciativa en la cuestion romana y de permitir la lleve Francia á remolque. Esto nos enajena la voluntad de Inglaterra. Tal es mi cuarta interpelacion.

He puesto estas ideas en una publicacion mia reciente, y confieso que pensaba guardar ahora silencio; pero me ha parecido que cumplia á mi honor repetir cara á cara á mis adversarios lo que he divulgado por medio de la imprenta.

Censuro al ministerio por todos los motivos relacionados. Mi dictámen es que los

actuales ministros no tienen la autoridad moral requerida para gobernar al país.

Añadiré unas pocas palabras relativas á mi persona.

El Presidente del Consejo sabe que no alimento ambicion ni enemistad. He atravesado todas las vicisitudes políticas del Piamonte y de la Italia Central sin crearme, á lo ménos que yo sepa, un enemigo. (Aplausos.) Pero he hecho estas interpelaciones por cumplir un deber: el de cooperar á que se conserven incólumes las instituciones del país. (Aplausos prolongados.)

En seguida tomó la palabra el Sr. Morini, que acusó ardientemente al ministerio de conculcador de las garantías constitucionales, fundándose en la prision que habia sufrido en Nápoles, juntamente con sus dos colegas, los Sres. Calvino y Fabrizzi, precisamente cuando acababan de dar activos pasos cerca de Garibaldi, con el objeto de impedir la discordia civil.

Suscitóse en la misma sesion un incidente relativo á la eleccion de un diputado en Sicilia durante el estado de sitio, y se preguntó si era legal y por lo tanto, validero este nombramiento. La Cámara respondió negativamente.

El ministerio fué atacado de nuevo el dia siguiente por el Sr. Massari, y defendido enérgicamente por el Sr. Boggi, el cual sostuvo que la responsabilidad de los sucesos de Sárnico y Aspromonte, debia recaer sobre el gabinete Ricasoli, á quien acusó de no haber reprimido con firmeza al partido de accion.

«Se ha dicho, con motivo de la cuestion de Roma, añadió, que el ministerio habia engañado al país, dando grandes esperanzas que no habian sido realizadas. Pero el anterior gabinete habia prometido más que el actual. ¿Qué se echa en cara al general Durando? Haber declarado á la Francia en un lenguaje digno y firme, que Roma era italiana; que los votos de la Nacion entera eran que Roma fuera la capital de Italia. ¿Es esto un crimen?

«El anterior ministerio no ha dicho cosa mejor: tenia ménos probabilidades de hacerse escuchar favorablemente: eso es todo.»

(El orador lee la carta del emperador de los franceses, de 20 de Mayo.)

«La combinacion propuesta por el emperador en esta carta, abria el camino á un arreglo amistoso de la dificultad, y era el resultado de las negociaciones entabladas por el gabinete actual.

«El nombramiento de un nuevo minis-

tro de negocios extranjeros en Francia, no puede ni debe modificar en nada la política del emperador, que es toda de paz y de conciliacion.

«Querria que se tuviese al fin el valor de convenir en que las dificultades de la situacion son tan grandes para la Francia como para la Italia. La carta tan conocida del embajador á su gobierno, despues de su viaje á Italia, cuando la permanencia del rey en Nápoles, consigna ella misma ese hecho.

«Italia jamás tendrá á Roma en tanto que dé el ejemplo de desacuerdo y de disenso entre los partidos políticos. Afirmar los derechos de la Italia sobre Roma, sin estar en posicion de hacer valer esos derechos, es una falta grave, un error político, que ha traído las dificultades del momento.

«En cuanto al brigandaje, del que trazó ayer un cuadro tan sombrío, el Sr. Massari, ¿puede hacerse de él un cargo al gobierno ni atribuirlo á su negligencia, cuando tiene escalonados 120,000 hombres de tropas en aquellas desventuradas provincias? ¿Qué más puede hacer? Por lo demas, el anterior ministerio hizo ménos todavía contra el brigandaje que el actual.»

El orador defiende luego la ley referente á la disolucion de las asociaciones, manifestando que fué presentada con regularidad por los ministros y discutida en las secciones; que el ministerio, al disolver las sociedades ántes de que dicha ley fuese discutida en la Cámara, usó de sus derechos, y no traspasó sus deberes constitucionales, porque esas asociaciones eran un peligro terrible para el país.

«Se dice, continúa, que el Ministerio no representa la opinion del país; ¿y de quién es la culpa? De los partidos extremos, que amenazando unirse, contra toda lógica, con la idea de obtener un voto de desconfianza, han sembrado la desconfianza en el país. Y si ese voto tuviese lugar, asistiria razon al Ministerio para disolver la Cámara, porque al dia siguiente los demoleadores no tendrian que construir sobre las ruinas que hubiesen hecho.

«En efecto, un ministerio de la derecha seria en este caso un contrasentido; un ministerio de la izquierda seria lógico; ¿pero haria algo mejor?

«No se nos hable de brigandaje, de estado de sitio; todos estos son pretextos, razones sin valor.»

Le sigue en el uso de la palabra el Sr. Desanctis, quien toma la defensa del baron Ricasoli, y elogia á este último por no

haber echado mano nunca, como medio de gobierno, de las destituciones ni los cambios, y por no haber protegido más á uno que á otro. Dice que el baron Ricasoli quiso intentar una reconciliación entre la izquierda y los miembros más razonables de la derecha; que la mayoría que derribó al Ministerio Ricasoli, fué un compuesto extraño de elementos heterogéneos: que la culpa del Ministerio actual ha sido no intentar desde un principio la reconstitución de una mayoría racional, y que el gabinete Ratazzi, aunque nacido en malas condiciones, tenía por sus conocimientos y por sus amigos políticos, bastante fuerza para formarse el punto de apoyo que le falta; pero que no ha sabido aprovecharse de la bella posición en que se encontró.

El orador censura al gobierno por el estado de sitio, y ataca vivamente la circular del general Durando, que no tenía razón de ser, por cuanto nada hacía suponer que el emperador de los franceses estuviese dispuesto á evacuar á Roma, y en buena política sólo debe expresarse deseo ó una voluntad cuando hay seguridad de que es favorable el terreno.

“¿Se esperaba, dice, asustar á la Francia con una amenaza? Entonces era preciso amenazar francamente, y aceptar todas las consecuencias de ese reto.

“El emperador es demasiado hábil y experimentado, para creer en esa mezquina ponderación de fuerzas y de influencias que constituía el fondo de la antigua diplomacia, y de consiguiente, su objeto es difícil de adivinar.”

El Sr. Césare habla en el mismo sentido que el Sr. Desanctis, y dice que Ratazzi se vanagloria de ser el único hombre capaz de gobernar la Italia, porque era el único que conocía á fondo la política y las miras del emperador de los franceses.

Ratazzi, para llegar al poder, proclamó un espléndido programa que no podía ser más italiano. Pero, ¿en qué ha venido á parar? Ni una de esas brillantes promesas se ha cumplido.

El orador califica la política de Ratazzi “de disturbios en el interior y humillaciones en el extranjero,” y pasa luego revista á las causas de perturbación interior, entre las que coloca en primera línea en estado de sitio.

Presenta en seguida un sombrío cuadro del estado en que están las provincias meridionales, y reduce á 45 ó 50,000 hombres los 120,000 que el orador anterior había

dicho tener el gobierno en aquellas provincias.

El gobierno francés, por su política con la Italia, afecta desprecio hácia el Ministerio, desprecio que recae sobre la nación entera.

El orador lee una carta del conde de Cavour, escrita después de la paz de Villafranca, en la que después de consignar que su continuación en el poder comprometería el porvenir de la Italia, anunciaba que se sacrificaba á su país, y se retiraba.

Termina aconsejando al Presidente del Consejo, que imite el grande ejemplo dado por el conde de Cavour.

El ministro Pepoli pide la palabra para defender á Ratazzi de diversas acusaciones fulminadas contra él por el preopinante, citando un hecho que ocurrió después de Villafranca, del cual fué testigo, y que prueba que su digno amigo fué el primero que trabajó en favor de la unidad italiana.

La Emilia quería unirse á la Toscana; pero consultado Ratazzi, no sólo se opuso enérgicamente á ese proyecto, considerando que podría comprometer la unidad que ya preveía, sino que hizo adelantar al gobierno provisional de la Emilia fuertes sumas, sin las cuales no hubiera podido conservarse el orden.

Dice además que el rey Víctor Manuel envió al día siguiente de Villafranca, 500,000 francos de su propio bolsillo, para ayudar al mismo gobierno de la Emilia.

Después de una réplica del Sr. Césare, subió á la tribuna el Sr. Alfieri, para defender la administración del Sr. Ratazzi. Atacó con viva energía ciertos actos del gabinete presidido por el baron Ricasoli, y declaró que la Italia no debía hacer nada que fuera susceptible de comprometer la alianza francesa. Concluyó excitando á la cámara á consagrar todos sus esfuerzos al desarrollo progresivo de las libertades públicas, y á las mejoras interiores, sin dejarse arrastrar por las pasiones políticas.

El baron Nicotera, uno de los más activos tenientes de Garibaldi en sus diferentes empresas, pronuncia un discurso lleno de acriminosas acusaciones.

“Declaro, dice, que no quiero poner en tela de juicio á Garibaldi, y me contentaré con hablar de las promesas que nos fueron hechas por el ministerio Ratazzi; declaro que el baron Ricasoli nada nos había prometido. Durante el gobierno de Ricasoli, la administración se hallaba en desorden y el armamento desatendido; supo-

niendo que el Sr. Ratazzi pondría remedio á estos males, votamos por él. Comprendiendo que soy poco hábil en cosas de gobierno, ó mejor dicho en intrigas, el Sr. Ratazzi me llamó....

El Sr. Ratazzi hace señas de que no es cierto.

El Sr. Nicotera: Apelo al testimonio del Sr. de San Donato.

El Sr. Ratazzi: Eso no es verdad.

“El Sr. Nicotera sostiene su aserción, y afirma que tuvo una conferencia con el Sr. Ratazzi; habla de las proposiciones que le fueron hechas, y que, transmitidas por él á sus amigos, se discutieron largamente en una reunión numerosa, presidida por el Sr. Depretis. Estas proposiciones fueron enérgicamente combatidas por el Sr. Brofferio, tanto, que cuando oí á éste el otro día acusar al Sr. Massari, de que tenía dos conciencias, creía estar soñando.

“Las promesas eran el armamento nacional y un cambio radical en la administración; el Sr. Depretis debía entrar en el ministerio como garantía de estas promesas. No quiero hablar de las promesas hechas al general Garibaldi.

“La equivocación de la última empresa de Garibaldi, debe atreverse á la conducta del ministerio. Solo citaré dos hechos para probarlo. El ministerio sabía, con once días de anticipación, que nosotros entraríamos en Catania. No se ofreció al general Garibaldi que disolviera el cuerpo de voluntarios. Si se niega esto, presentarémos cartas. Ha dicho el Sr. Buoncompagni, que el general Garibaldi tenía otra bandera. ¿Cómo puede decirse eso cuando todos sus actos iban encabezados: *Italia y Víctor Manuel*, cuando se han dado tantas pruebas de adhesión á la Italia? Nuestra intención no era tener otra bandera, sino llevar gloriosamente al Capitolio la que tenemos.”

El orador hace una escursión hácia el pasado; y llegando á hablar de la situación dolorosa en que se encuentra el reino de Napoleon, exclama:

“¿A qué estado se halla reducido ese reino conquistado por Garibaldi? ¿Qué han hecho los pro-cónsules, los sátrapas que le han gobernado, ó más bien desgobernado? Si se recorren todas esas provincias, se oirá un grito de reprobación contra el ministerio; es tal el descontento, que se han olvidado las faltas del pasado.

“El país que sufría la tiranía del gobierno borbónico, encontraba algo de bueno en los Borbones, éstos le garantizaban las propiedades; pero nada de eso existe

durante nuestro ministerio, pues no sabe combatir el brigandaje, y eso que sabe reprimir cuando quiere, al ménos ha sabido reprimir á Garibaldi. (Aplausos en las tribunas públicas.)

“El general Garibaldi, que veía el mísero estado de esas provincias, juzgó oportuno empuñar de nuevo la espada. El ministerio fingía desaprobar la conducta de Garibaldi, y continuaba adulándole; es que ya meditaba Aspromonte; y en efecto, luego nos trató como rebeldes, como brigantes, á nosotros que acogíamos á la tropa con los brazos cruzados.”

El orador habla del plebiscito de la nación, por el cual manifestó ésta querer estar reunida bajo el cetro de Víctor Manuel, y tener á Roma por capital. En sentir suyo, sólo había dos medios para obtener á Roma: las negociaciones ó la guerra; “pero el Sr. Ratazzi ha creído que aún había otro medio mejor, el de la represión.” Luego prosigue así:

“El general Garibaldi conocía las intenciones del emperador Napoleon, y para evitar que se disolviera la Italia, fué á Marsala, y se disponía á marchar hácia Roma al grito de: *¡Italia y Víctor Manuel!* Esa fué la rebelión; quería dar Roma á la Italia; la nación estaba con él; el ministro Durando lo ha confesado en su nota.”

Poniendo en parangón las dos empresas, la frustrada en Aspromonte y la primera en Marsala, dice que estas dos expediciones tenían idéntico objeto.

“Si el Sr. Ratazzi hubiese sido un verdadero patriota, habría aprobado la conducta de Garibaldi é invitado á Napoleon á evacuar Roma, para que no entrara en ella la revolución.”

“Persuadámonos, señores, de que la resurrección italiana no puede realizarse sino por la fuerza de nuestras armas. El suponer que la Italia debe ser siempre vasalla de la Francia, es una puerilidad. La Francia debe ser libre; pero si se continúa conculcando así el estatuto y hollando las garantías constitucionales, caeremos en el más oprobioso despotismo, ese despotismo con máscara de liberalismo.”

Vuelve á hablar de los actos de inmoralidad que se cometen en Nápoles, y enumera los hechos que corroboran su dicho; critica una proclama del general Cialdini, y dice que es digna de un Tamerlan, un anacronismo, á que no querrá dar crédito la posteridad. Justifica la conducta de Garibaldi el día en que fué herido, y cita una orden que él mismo recibió de éste,

previniéndole que no se batiera contra la tropa.

En fin, termina su largo discurso mostrando la gran figura de Garibaldi postrada en su lecho de dolor, y propone que el ministerio sea sometido á dar cuenta de su conducta ante el Senado.

Lo replica el general Cugia, que mandaba en Sicilia cuando estalló la insurrección, y da explicaciones sobre la conducta que observó. Declara que á su llegada á Sicilia era muy grave. Una ilusión fatal habia cundido en toda la población, la cual no tenia la menor duda de que el gobierno estaba de connivencia con Garibaldi. Si se hubiese recurrido á la fuerza inmediatamente, una colisión en las calles de Palermo habria sido casi inevitable. Fuele menester, por lo tanto, temporizar y entablar negociaciones mientras recibia los refuerzos que pidió con urgencia.

El orador termina declarando que asumia toda la responsabilidad de lo ocurrido y que estaba seguro de haber cumplido con su deber, y de que más tarde se le hara justicia.

Un diputado de la extrema izquierda, el Sr. Miceli, habla en el mismo sentido que el Nicotera, y tambien el Sr. Caroli combate la política del ministerio.

Por fin, toma la palabra el Sr. Ratazzi.

El ministro asegura desde luego á la Cámara que, tanto por conciencia, como para responder á las acusaciones que le han dirigido, habia deseado exponer su conducta. En cuanto á las personalidades, añadió, las desdeño.

Echando una ojeada retrospectiva á los grandes sucesos consumados, explica cómo, sin echar la culpa á ningun gobierno anterior, los partidos han sido llevados á organizarse.

El gabinete actual, encontrándose con estos partidos frente á frente, trató de conciliarlos, y para ello introdujo en su combinación hombres de ideas avanzadas. Desde su advenimiento señaló sus intenciones con la fusión de los dos ejércitos; y si fué detenido en la vía mediadora, tuvo la culpa él, que á pesar de los elementos de semejantes que los componian, nunca varió y mantuvo en sus consejos el acuerdo más unánime?

La conciliación puesta bajo los felices auspicios de la fusión de los dos ejércitos, fué burlada en un principio por el escándalo de Sárnico, y después debia fracasar en Aspromonte. Y si aún fuese verdad que Aspromonte no hubiese sido determinado sino por la falta de autoridad del minis-

terio, ¿no recaería la responsabilidad sobre una mayoría que negaba su apoyo moral al gabinete, sin tener valor para derrocarlo?

Los aplausos estallaron cuando, volviéndose hácia la derecha, el ministro exclamó: «Puesto que no es inspirábase confianza, ¿por qué no nos rechazábais?»

El ministro combate enérgicamente las acusaciones que hace pesar sobre él el Sr. Nicotera. Si á veces la ley no pudo aplicarse en toda su precisión, preciso es achcarlo á esos momentos de angustia en que la salvación de la patria estaba puesta en peligro por Garibaldi.

En cuanto á la queja de flaqueza, ¿es posible darla contra un gabinete que ha disuelto la sociedad emancipadora, impedido las manifestaciones populares, resistido á Garibaldi y facilitado los reconocimientos de la Rusia y la Prusia?

Al llegar á las interpelaciones Buoncompagni, el Sr. Ratazzi declara que el gobierno jamás ha autorizado los armamentos clandestinos, ni en Sicilia ni en ninguna parte. Antes de los tumultos de Palermo, lo hizo bien todo para impedirlos; y si no le salió mejor, es que la ley le ligaba las manos. Esto le hizo recurrir á la ley sobre las asociaciones, y sobre este punto el Sr. Ratazzi establece bajo el punto de vista legal, la diferencia que hay entre el derecho de reunión reconocido por el estatuto y el derecho de asociación, derecho natural, es cierto, pero cuya significación no puede desnaturalizar nadie.

Explicando el nombramiento del marqués Pallavicino para la prefectura de Palermo, el orador dice que este nombramiento, hecho ántes de Sárnico y Aspromonte, era tambien un acto de conciliación.—El gobierno nunca disimuló sus intenciones al marqués Pallavicino; y si vacilé más tarde en aceptar su dimisión, fué por prudencia y por consideración á los sicilianos, prometiendo siempre por Garibaldi renunciarla á su loca empresa.

En cuanto al estado de sitio en las provincias del Mediodía, el ministro sostiene que estando la patria en peligro, el gobierno tiene siempre derecho para suspender las franquicias constitucionales, y que si se decretó el estado de sitio, solo después que Garibaldi entró en Catania, fué porque se debia obrar fuera del estatuto para poner á salvo el mismo estatuto. Una medida ménos enérgica, habria podido dejar aún alguna ilusión á las poblaciones.

Si más tarde se continuó el estado de sitio, el brigandaje y la *camorra* tienen

la culpa; y el ministro señala sus buenos efectos consignando, que si el brigandaje no se halla completamente destruido, está aislado y tiende á desaparecer; y la *camorra*, esa inmoralidad organizada, puede darse como destruida.

Por fin, llega la cuestión más ardiente, la del arresto de los diputados. Sobre un despacho de Sicilia que señalaba al general La Marmora los tres diputados Mordini, Calvino y Fabrizzi, como habiendo salido de Catania con órdenes de Garibaldi, les mandó prender el prefecto de Nápoles.

En Nápoles se presentia un alzamiento; y temiendo que la llegada de los jefes que se designaban como cómplices de Garibaldi, no le hiciesen estallar, el general no vaciló y significó su determinación al gabinete de Turin en un despacho, cuya lectura provoca una tempestad en los bancos de la izquierda.

Después de una larga interrupción, el Sr. Ratazzi trata de explicar los términos del telegrama, diciendo que, dirigiéndose á culpables, no puede herir á inocentes.

Esta medida fué de necesidad, y además, añade el ministro, si como decia el Sr. Mordini, puede el clamor público hacer constar el flagrante delito, ¿acaso en Nápoles este clamor público no designaba á los tres diputados presos?

Se ha dicho que el ministerio habria debido convocar el parlamento; entonces no hay duda que habria deseado hacerlo, y habria sido juzgado mejor al otro día de los sucesos; ¿pero podia responder la Cámara inmediatamente al llamamiento y se debian esperar sus decisiones?

Si la amnistía no se acordó en seguida, es porque se quiso dejar á la opinión pública que se pronunciara en su favor.

El orador, reservándose acabar mañana su discurso, reasume los actos de su gobierno, y concluye provisionalmente pidiendo que los aprecien con justicia. «Ante todo el interés del país», dice el ministro al concluir en medio de los aplausos.

Varios diputados toman la palabra para dar explicaciones personales, en contestación á ciertas partes del discurso del Sr. Ratazzi. El Sr. Nicotera insiste en que el gobierno solicitó el apoyo del partido de acción, y reitera las anteriores declaraciones sobre las promesas hechas por el Sr. Ratazzi, ántes de la formación de su ministerio. Otros diputados de la oposición, atacan varios puntos del discurso del ministro.

El Sr. Mordini niega de nuevo que su arresto y el de sus colegas haya tenido

lugar por causa de flagrante delito, pues volvia á Nápoles de Sicilia, adonde habia ido con un objeto de conciliación, y para prevenir la guerra civil; espera que la Cámara reprobará con un acto de justicia esta ilegalidad. En el mismo sentido se expresan los Sres. Fabrizzi y Calvino.

Se habla de nuevo de la cuestión del brigandaje. Un diputado lee un parte telegráfico, en que le anuncia otro diputado, residente en las provincias napolitanas, que ha sido invadida una pequeña ciudad por una banda de brigantes. El Sr. Ratazzi confirma el hecho, y declara que las autoridades municipales y la guardia nacional estaban de connivencia con los brigantes. Se habia ordenado su arresto y destitución. La Cámara pone término á este incidente, nombrando, á propuesta del presidente del Consejo, una comisión que se encargue, en sesión secreta, de examinar el parte del general La Marmora, relativo al brigandaje en las varias provincias del distrito de su mando.

Otros dos oradores son oídos sobre la cuestión general: el Sr. Petruccelli de la Gatina defiende la política ministerial, que ha sido combatida por el Sr. Toscanelli.

Después de algunas explicaciones del Sr. Conforti, sobre los motivos que le indujeron á presentar su dimisión de ministro de justicia, toma la palabra el Sr. Durando, ministro de negocios extranjeros, y se expresa en los términos siguientes:

«Hubiera deseado oír á otros oradores, ántes de hablar acerca de la política exterior; pero puesto que tal es el deseo de la Cámara, hablaré desde ahora. Tambien yo creo que es tiempo de hablar de una cuestión verdaderamente vital. Algunos de nuestros adversarios políticos, me han acusado de que no habia hecho avanzar la cuestión romana, y me han pintado como el partidario exclusivo de ciertas alianzas; me han echado en rostro, en cierto modo, mi servilismo hácia la Francia, servilismo que nos ha enajenado la Inglaterra. Cier-to es que fundamos una gran confianza en la alianza de la Francia; pero, como lo he declarado ya, jamás he rechazado las demás alianzas.

«La cuestión de Oriente es muy complicada; se divide en cien cuestiones, y se subdivide en mil. Respecto del Oriente, estamos en desacuerdo con la Inglaterra; tambien nos hemos encontrado en desacuerdo en lo que concierne al Istmo de Suez, y en este punto, lo declaro altamente, me he mostrado muy terco.

Pero de esas disidencias, que son inevitables cuando se trata de una potencia que, como la Inglaterra, tiene tan múltiples intereses, no se sigue ni poco ni mucho, que nuestras relaciones sean frías con ella, pues acerca de las cuestiones capitales, siempre nos hemos entendido con el Gabinete inglés, y siempre hemos tenido toda clase de miramientos hacia la Inglaterra. Os citaré un ejemplo: á fin de evitar toda discusión, hemos decidido que el hijo de nuestro rey, no tocara durante su viaje, en los puertos de la Grecia. Como se vé, la acusación de que hemos procurado desagradar á la Inglaterra, carece por lo tanto de fundamento.

Paso á la cuestión de Roma. La Inglaterra opina que los verdaderos jueces de la cuestión, son los romanos mismos; á ellos les toca decidir si quieren unirse al reino de Italia, ó permanecer sometidos al gobierno del Papa. A esta manifestación de sus aspiraciones, se opone una ocupación extranjera que dura hace trece años, ocupación contraria á los principios de no intervención, reconocidos por el derecho público. Esta ocupación debe cesar.

Se dice que la Inglaterra ha callado en 1849, con respecto á la ocupación de Roma; pero callar no significa aprobar. No niego que la cuestión romana no sea múltiple; tiene también un corolario religioso, según el cual, el poder temporal es inmutable como la religión. Pero desde la época en que el Austria ocupó una provincia romana, las potencias europeas aprobaron, admitieron que el poder temporal de los Papas podía estar sometido á todas las vicisitudes de los demás Estados.

Por este lado religioso, la cuestión romana toca á todas las potencias católicas, y sobre todo á la Francia, que por desgracia suya se encuentra á la cabeza del mundo católico.

Se nos ha acusado de que no hemos hecho adelantar un paso la cuestión romana. Mi deber es declarar que, fuera de la política seguida por el ministerio, no hay esperanza de salvación. Si el ministerio no ha hecho adelantar esa cuestión, tampoco la ha hecho retrogradar, y ha entrado en la única senda posible de solución.

El señor ministro hace la historia de la cuestión romana, durante la administración del conde de Cavour, y cita un despacho del ministro de negocios extranjeros de Francia, donde se dice:

«El emperador ve con placer las negociaciones de la Italia con la Corte de Ro-

ma, y desea un buen éxito, pero no lo espera.»

Mas, en fin, los mismos negociadores han sido expulsados de Roma.

En cuanto á mí, periodista, diputado ó ministro, siempre he aprobado la política del conde de Cavour. (El ministro tiene una voz tan débil, que muchas palabras se nos escapan.)

El ministro resume el estado de la cuestión romana en tiempo del gabinete Ricasoli; elogia su actitud resuelta, y dice que cuando llegó al poder, comprendió que las negociaciones con la Corte de Roma, eran absolutamente vanas; que más bien era preciso entenderse con la Francia; que convenia también organizarse en el interior, y tratar de obtener de las potencias el reconocimiento del reino de Italia.

De este modo se llegaba á hacer sancionar diplomáticamente nuestros derechos sobre Roma.

El Sr. Durando dice que se ha empleado activamente en hacer reconocer por la Rusia el reino de Italia. Recuerda cuánto le sostuvo la Francia en esta obra; pero este reconocimiento no lo pudo obtener hasta después de los asuntos de Sárnico. El ejemplo dado por la Rusia, ha sido seguido por la Prusia. Lo que yo hice después de Sárnico, lo hice de nuevo después de Aspromonte. Envié á las cuatro grandes potencias de Europa una nota en que se explicaban los sucesos ocurridos en Italia, y las necesidades de que el país estaba trabajado.

Un diputado de la izquierda nos ha dicho, que cuando Garibaldi marchaba hacia Roma, para resolver la cuestión fatal, habríamos debido apoyarla diplomáticamente. Pues bien, juzgamos oportuno seguir una política enteramente contraria. En cuanto Garibaldi alzó la bandera de la insurrección, suspendimos inmediatamente toda negociación con la Francia. Después de Aspromonte, por el contrario, hemos dicho á la Francia que habíamos hecho grandes sacrificios sofocando la insurrección, y que por consiguiente pedíamos una solución pronta. Ya conocéis las respuestas que nos han sido dadas.

El señor ministro termina diciendo que las negociaciones que se entablarán en lo sucesivo con la Francia, serán sobre las bases propuestas en la nota conocida ya. Este ministerio, añade, ha adquirido títulos á la gratitud del país, por haber colocado la cuestión de Roma sobre sus verdaderas bases. (Rumores.) No puedo indi-

car el día en que se resolverá la cuestión romana, ni el mes, ni el año.

Un año, señores, no es nada en la vida de las naciones. Ved qué tiempo han empleado para constituirse la Francia y la Inglaterra. (Rumores.)

Sin embargo, puedo decir que la solución no está muy lejana. Los impacientes proponen otros medios, la agitación, las protestas, etc.; pero el gobierno actual rechaza todos esos medios, y permanecerá obstinadamente fiel al sistema que ha seguido hasta ahora.

Estoy seguro de que triunfaremos con la perseverancia y la concordia.

El diputado Ferrari combate también al ministerio, y señala particularmente la arbitraria conducta de los agentes del gobierno en Sicilia, á lo cual debe atribuirse, en su concepto, el que se haya resfriado tanto la adhesión de la población italiana al rey y á la Italia.

El general Brigone, que mandaba en Palermo en la época de los últimos acontecimientos, desmiente enérgicamente las aseveraciones del Sr. Ferrari. Expone los actos de su administración, y hace constar la moderación del ejército y el buen sentido de la población, que evitaron todo conflicto. Se han censurado en algunas proclamas de generales, ciertas vivacidades de lenguaje; pero el orador hace notar que no se han realizado las amenazas contenidas en ellas, y que por lo mismo, han dado por resultado evitar luchas sangrientas.

La Cámara oye algunas explicaciones del Sr. Deprétis, ministro de obras públicas, el cual expone en términos sentidos, cómo se había visto precisado á imponer silencio á sus antiguas amistades, para cumplir sus deberes de ministro.

En la sesión del 1.º de Diciembre, pide la palabra el presidente del Consejo de ministros, para anunciar que el ministerio había presentado su dimisión, resultado de esta larga y reñida contienda, como hemos dicho al comenzar.

El Sr. Ratazzi quiso justificar de nuevo la conducta de su ministro, y lo hizo en el siguiente discurso:

Sr. Ratazzi. (Movimiento general de atención; todos los diputados se levantan, y algunos bajan hacia el homicidio.) Daré algunas explicaciones y añadiré algunas palabras á lo que han dicho mis honorables colegas los ministros de obras públicas y negocios extranjeros. No me detendré mucho sobre el arresto de los tres diputados, hecho tanto más grave, cuanto que es relativo á un hombre á quien hon-

ro altamente. El general La Marmora no es sólo un modelo de valor, sino un modelo de honrado ciudadano.

El general La Marmora ha tomado su parte en todos los peligros de la patria; se ha encontrado en todas las circunstancias difíciles, y ha hecho grandes servicios á ese ejército que venció en Palestro y en San Martino. El general La Marmora es un escrupuloso observador de la ley; y si hubiese creído violarla, habría preferido romper su espada. No quiero demostrar la culpabilidad del Sr. Mordini y sus amigos, y únicamente sostengo que había graves prevenciones contra ellos. El señor Mordini nos ha asegurado, que no había ido á las provincias meridionales, más que para concurrir al orden, y que en la época de su arresto, ha sido acusado de haber tomado parte en la insurrección.

La cuestión no ha cambiado. Si ha ido á las provincias napolitanas para preparar el terreno á la insurrección, podía ser considerado como el cómplice de Garibaldi. Ahora bien, el general La Marmora podía creer que esos señores habían ido á Nápoles para sublevar la ciudad, y con tal creencia, no se le puede acriminar que diera la orden de prender á los diputados, cuando sobre él recaía la responsabilidad del gobierno del país.

El Sr. Mordini nos dirigía dos preguntas: ¿cómo ha sido que únicamente nosotros tres hemos sido presos?—Han preso á estos tres diputados porque estaban en las provincias agitadas; y el diputado Cadolini no ha sido preso porque se encontraba en el punto menos expuesto.

El Sr. Pulsky quedó en libertad, porque probó que no era cómplice de la insurrección. Los Sres. Mordani, Fabrizi y Calvi no no han querido dar ninguna explicación, de modo que le fué imposible á la autoridad no considerarlos como culpables. Me prometo, pues, que estas últimas explicaciones bastarán para justificar al ministerio de esas prisiones. Doy punto á esta acusación.

También nos han echado en cara nuestra mala administración. Hay que distinguir la legislación de la administración. Si la legislación no ha hecho gran cosa, es culpa suya; tenía obligación de presentar proyectos de ley á la Cámara, y en efecto, los he presentado. En cuanto á la administración, no hablaré á la Cámara de todas las reformas que ha introducido en ella el gabinete.

Si no ha hecho más, se debe acusar á los desgraciados acontecimientos políticos